La Ola de Sangre

Silva

LA OLA DE SANGRE

LA OLA DE SANGRE

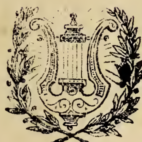
BOCETO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARIA DE SILVA

Estrenado con aplauso en el Teatro PRINCIPAL de Málaga, el dia 17 de Junio de 1888.



MÁLAGA
IMPRENTA DE MANUEL CERBÁN
Baños de las Delicias.
1889.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Campos y Carin,

Marqués de Isnate

En testimonio de consideracion y afecto

EL AUTOR.

MÁLAGA.—Imp. de M. Cerbán.—Baños de las Delicias

PERSONAJES.	*ACTORES.*
AURORA.	*Srta. D.ª Concepción Perez.*
BRÍGIDA	*Sra. „ Josefa Marín.*
FELIPE II. BAJO EL NOMBRE DE ENRIQUE.	*Sr. D. José Ruiz-Borrego*
MARCELO	*„ „ Eduardo Esteban.*
JULIÁN	*„ „ Enrique Navas.*

La acción en Madrid á mediados del mes de Junio de 1568

ACTO UNICO.

Salón en casa de Aurora, decorosa pero sencillamente amueblado. Puertas laterales, y en el foro la que se supone conduce al vestíbulo y escaleras de la casa. En primer termino, á la izquierda, una mesa cubierta con tapete de terciopelo, y á ambos lados de ella dos sillones.—Es de noche. Una lámpara ilumina la habitación.—Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

ESCENA PRIMERA

Brígida y Julián.

BRÍGIDA Mucho tarda el galán esta noche y cada momento que pasa aumenta la impaciencia de mi señora. ¡Válgame Dios! y qué despiadadamente hiere Cupido á estas doncellas, tan tímidas y recogidas antes, que apenas osan alzar del suelo la pudorosa vista, y abrásánse en sus rayos, tan pronto como un doncel apuesto díceles alguna terneza.

JULIÁN Y qué ¿os estraña eso madre Brígida? ¿Por ventura en vuestras mocedades, no os pagasteis vos nunca de *esas ternezas* de que tan irónicamente hablais ahora?

BRÍGIDA *Vade retro Satán*... Calla endiablado y no traigas á mi memoria recuerdos, de

tiempos, que en Dios y en mi ánima te juro, diera por olvidar, un dedo de la mano. ¡Ay Jesús!

JULIÁN Y por otra parte, la gentil apostura de Don Enrique, su altivo continente y esa su mirada de águila, que parece domina cuanto abarca, son motivos bastantes para sorber el seso, á cualquiera mujer, siquiera no fuese tan impresionable como nuestra señora.

BRÍGIDA Eso sí. Galán y caballero y apuesto lo es. ¡Y qué desprendido! Si parece un rey en lo dadivoso! De seguro no lo es tanto Don Felipe, el de estos reinos, y eso que cuentan de él, que á pesar de su austeridad aparente, en aventuras galantes entretiene sus ocios.

JULIÁN Callad, callad por Dios y no hableis más del Rey, de una manera tan irrespetuosa, que las paredes suelen escuchar á veces, é indiscretas después revelar lo que escuchan, y hay Inquisicion y calabozos y torturas.

BRÍGIDA Tienes razón; dejemos á Su Magestad, que gobierne sus estados de acá y los de Flandes, tan levantiscos ahora, que harto cuidado deben costarle, y volvamos á nuestro galán Don Enrique y á su adorado dueño, mi señora.

JULIÁN Y ¿decidme madre—porque yo como nuevo en la casa muchas cosas ignoro —cómo doña Aurora, tan hermosa, tan jóven y tan buena vive en esta soledad recluida, sin que padre ni hermano velen por su honra, que por muy santas que sean las intenciones de

nuestro don Enrique, peligra mucho con sus nocturnas visitas?

BRÍGIDA ¡Curioso y mentecato es el buen paje! Nada debiera yo decirte, que de ello nada te importa, pero no quiero que por díscola me tengas, y voy por tanto á referirte todo lo que yo sé, que no es mucho por cierto.

JULIÁN Decid madre, decid; soy todos oidos.

BRÍGIDA Bien, pero guárdate de volverte después todo lengua.—Escucha.—Hace tres años, vivia yo sola y entristecida en mi pobre casa de Aranjuez, cuando llegó una noche á ella un caballero anciano, de severo porte, modales bruscos, pero de honrado aspecto. Díjome, en breves frases, que si queria venirme á su lado, para ser la guardadora de una su hija, que huérfana de madre desde temprana edad, pensaba esconder en esta casa á los ojos de todos, hasta poder regresar á su país—porque el uno y la otra, son de allá muy lejos, de tierra de herejes según creo...

JULIÁN ¿Y vos aceptásteis?

BRÍGIDA Naturalmente. Aquí me vine, y hasta hace dos meses nada ha alterado la quietud de esta casa, que parecía un convento. Ella embebecida en sus rezos, ó haciendo labor,—que para ello tiene manos muy primorosas—él encerrado en su celda—digo en su cuarto—todo el día, rodeado de papelotes y libracos, escritos en una endiablada lengua que yo no entiendo, y escribiendo largos cartapacios, que se llevaba de

cuando en cuando un correo, que de su tierra traía en cambio otros no menos largos, y yo... encomendando á Dios á mis difuntos.

JULIÁN ¡Buena vida!

BRÍGIDA Sí, hijo mio, muy buena, pero que como todo lo bueno ha durado poco. Un día—ya te he dicho... hace cosa de dos meses—llegó ese correo de que te hablaba, y de seguida que leyó el Señor Marcelo—que ese es el nombre del que será tu dueño—el pliego consabido, demudóse todo, salió de su cuarto echando venablos por aquella boca, y después de hablar con la señora, vino y me dijo: "Brigida, un negocio del mayor interés me obliga á partir hoy mismo de Madrid; á vuestros cuidados queda encargada Aurora; mirad que en conservármela honrada y pura, como os la dejo, os vá la vida„ y sin darme tiempo casi para contestarle, volviose á su aposento y aquella misma noche partió de Madrid.

JULIÁN Y vos para cumplir fielmente su encargo, abrísteis al día siguiente la puerta á Don Enrique, que era lo mismo que abrir al lobo la del redil que encierra las ovejas.

BRÍGIDA ¡Ay Julián! no me digas eso, que por olvidarlo diera—Dios me perdone—mi cachito de paraiso.

JULIÁN ¿Entonces, cómo os habeis prestado...

BRÍGIDA Siempre fué mi castigo ser demasiado compasiva y hoy más que nunca lo sufro. Vió Don Enrique á Aurora al salir de la iglesia, ó no sé donde, y un su

deudo, segun me dijo, vino á hablarme en su nombre, y tanto y con tan vivos colores me pintó su pasion por ella y tantos juramentos y promesas hizo—siempre en nombre del otro—que yo me enternecí y hablé de ello á mi señora. ¡Nunca lo hubiera hecho! Indignóse al principio, pero interesóse su curiosidad después y... en fin, lo de siempre... que un día,—mejor dicho, una noche,—entró en esta casa Don Enrique, embozado hasta los ojos, y se vieron y se hablaron... y desde entonces él la visita con la frecuencia que vés, y ella, loca de amores por el que llama su dueño adorado, ya no come, ni reza, ni duerme, ni sosiega.

JULIÁN ¿Y cuando vuelva el señor Marcelo?

BRÍGIDA Yo no sé lo que vá á suceder: te lo confieso; pero sea lo que quiera tú calla y espera, que yo confio en don Enrique; él nos sacará á todos de este atolladero, que poder y valimiento tiene para ello. (Con mucho misterio.) A mí me ha dicho su pariente, que es un alto caballero y tiene gran privanza con el Rey y en la córte, y verás como cuando el señor Marcelo vuelva de su viaje, le pedirá la mano de Aurora y casará con ella. Yo por esto consiento lo que pasa que si nó...

JULIÁN Todo ello será verdad; pero á mi me parece, que galán que tanto se recata, ninguna buena intención esconde, que en casa de la amante, no es costumbre guardar estas bajo el embozo de la ca-

pa. Pocas, muy pocas, son las veces en que he logrado ver su rostro y en verdad, que aparte de todo, me infunde respeto—mas...

BRÍGIDA Y¿ dime, tú no le conoces?

JULIÁN ¿Cómo he de conocerle? Criado en Granada, en la casa de mi amo y señor el conde de Cifuentes, vine, como sabeis, hace poco á la corte, y á nadie conozco en ella, ni aún al Rey.

BRÍGIDA Yo tampoco. De mi casa de Aranjuez trasladéme á esta, y aqui me tienes, que en tres años de vivir en Madrid, solo he visto esta calle, y la inmediata iglesia de San Justo. (Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.) Mas ahí viene Aurora, triste y pensativa como siempre.

JULIÁN Pues yo me escurro, que no quiero llame indiscreto á su paje al encontrarlo en su antecámara. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA II.

Brígida y Aurora.

(Esta última entra por la primera puerta izquierda.)

BRÍGIDA De discreto presume el pajecito. (A Aurora.) ¿Por qué siempre tan triste, mi señora?

AURORA ¿Aún no ha venido Enrique?

BRÍGIDA (Aparte.) Siempre la misma canción. (A Aurora.) No lo estrañeis; poco há dieron las ocho en el reloj de la vecina iglesia, y aún no tarda.

AURORA ¡Para mi tarda siempre! Los latidos de mi corazón son más violentos que el

tic-tac de su péndola, y yo por ellos mido el tiempo.

BRÍGIDA Paciencia señora, paciencia.

AURORA Sí; razón tienes, paciencia. Es virtud que enaltece y al propio tiempo en consuelo se trueca; pero es buena para esos séres débiles, que sin tormentas en el alma, ni ardores en el cerebro, pasan su existencia, ocultando sus dichas tranquilas y sus penas livianas dentro de su propia debilidad, como la tímida gacela se oculta en su guarida; nó para mí, que llevo dentro del pecho, todos los incendios de la pasión que abrasa, y en la cabeza toda la ceniza en que se truecan las ilusiones que se ván y las esperanzas que se pierden. Y es mayor aún mi tormento; que de esas cenizas fuego brota á veces, fenix engañador que tiende el vuelo, y á elevados espacios en sus alas me lleva, para después dejarme caer desde la altura.

BRÍGIDA ¿Y por qué todo eso? Doña Aurora, os lo he dicho muchas veces; escuchad mis consejos, que son los de una pobre vieja, que os quiere como si fuéseis un pedazo de sus entrañas. Tened en cuenta, que D. Enrique, por más que él lo oculte—y yo creo que lo hace para probaros—es un gran señor, anda siempre en la corte y al lado del Rey—que Dios guarde—y esos negocios le quitan á veces el tiempo, que á vos, de otra manera, entero consagrara. ¡Pues si os quiere tanto!

AURORA No, mi buena Brígida, ese hombre no

me quiere; yo sí lo adoro á él y en ello estriba mi martirio! Hay momentos, en que recordando al amante apasionado de los primeros días, cuando le ví rendido á mis plantas, jurándome un amor eterno, á cambio de mi altivez honrada, que á su voz poco á poco iba cediendo, y lo comparo con el de hoy, frío y reservado para conmigo, y rodeándose de esos misterios, que yo, ciega, no supe apreciar desde el primer instante, pienso que he sido vilmente engañada, y que á las desdichas que por herencia me cupieron en suerte, he de añadir aquellas, que nacen de la culpa, que el torpe pensamiento y el corazón, más torpe todavía, me han impulsado á cometer.

BRÍGIDA ¡Válgame Dios señora! Vos no sabeis lo que me duele oiros hablar de esa manera, y por mi salvación os juro que ha haber previsto lo que ocurre, nunca hubiese....

AURORA Calla Brígida.... no me recuerdes que tú con tus consejos fuiste la cáusa primera de mis males.

BRÍGIDA ¡Yo!

AURORA Si; tú que vertiste en mi alma, gota á gota, ese licor de amores que nectar parecía y en veneno se ha trocado. Pero yo te perdono, siquiera por lo mucho que Dios y el mundo tienen que perdonarme á mí.

BRÍGIDA Dejadlo todo al tiempo; vereis como cuando el señor Marcelo vuelva....

AURORA No digas eso. No quiero pensar que volverá un día, y juez severo cuentas

pedirá á todos. A mí, por haberme olvidado de lo que tan presente tener siempre debiera; á tí, de la traición que á su confianza has hecho.

BRÍGIDA (Aparte.) Tiene razón: la verdad es que solo de pensar en su vuelta se me pone la carne de gallina. (A Aurora.) Sin embargo, él, don Enrique, es caballero, y yo sé que como, á pesar de cuanto vos pensais, os quiere de veras, él hará de modo....

AURORA Bien... basta. Avísame su llegada cuando venga. (Váse por la misma puerta que entró)

ESCENA III

Brígida.

Está bien señora.... Siempre de igual manera: empieza por lamentarse y acaba por reñir conmigo. Y en verdad que no le falta razón para ello. Pero ¿quién se resistìa á los *poderosos argumentos* del amigo, ó pariente, *ó lo que sea*, de don Enrique?.. La vejez se acerca y hay que pensar en el pan de cada día..... Después de todo, no será ella ni la primera ni la última á quien ocurre igual suceso. Si yo hubiese sido más cauta en mi juventud, no me hubiesen pasado ciertas cosas que.... mejor es no recordarlas. (Quédase pensativa hasta que de su abstracción la saca la voz de don Felipe.)

ESCENA IV

Brígida y Don Felipe.

(Don Felipe entra por la puerta del foro, embozado, y no se descubre hasta llegar al centro de la escena y ver que está solo con Brígida.)

FELIPE (Desde la puerta.) Brígida.

BRÍGIDA (Sobresaltada.) ¿Quién llama? (Reconociendo á don Felipe.) ¡Ah señor! perdonad... al oirme nombrar de pronto, me había turbado.

FELIPE ¿Y tu señora?

BRÍGIDA En su aposento. Corro á avisarle vuestra llegada.

FELIPE No. Aguarda. Quiero sorprenderla. Vete al pasillo y ten cuenta como de costumbre, de que nadie llegue hasta nosotros. (Dándole un bolsillo.) Toma.

BRÍGIDA Como gusteis señor. Soy vuestra humilde servidora. (Aparte.) Lo mismo que siempre.... (Agitando el bolsillo.) oro... Si lo digo, parece un rey en lo dadivoso. (Estas últimas palabras las dice de modo que puedan ser oidas por don Felipe.) (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA V.

D. Felipe.

(Al oir las últimas palabras de Brigida se vuelve con inquietud y vé alejarse á esta, estrechando el bolsillo entre sus manos.)

FELIPE El Rey ha dicho... Diralo por ese bolsillo que en la mano lleva; oro contiene y ese es el rey que acatan almas

como la suya.... ¿Mas si hubiese sospechado?..... No; es imposible. Al penetrar en esta casa, deja don Felipe Segundo en la puerta su real investidura, y no es para sus habitantes, más que un don Enrique, caballero galante y generoso, que paga con caricias la belleza de Aurora y con oro las traiciones de su dueña.

Lejos aquí de los cuidados de mi reino, hallo la paz que en vano busco en otros lugares. Mi amor ó mi capricho, fingenme al lado de Aurora espacios tranquilos, donde no se agita más huracán que el que amor levanta donde no arde más fuego que el que amor enciende, donde en vez de la ola de sangre en que me anego, y que sube y sube cada vez más, amenazando ahogarme, ondas tranquilas y levemente rizadas, de amor, me bañan. El rugir pavoroso delas luchas religiosas hasta aquí no llega; no traspasa los muros de este aposento el fulgor de la hoguera por mi mano encendida y estrellase ante ellos impotente la ola de sangre. —¡Mas nó! Vana ilusión del pensamiento. ¡Hasta aquí me persigue; la siento bullir y agitarse en mi cerebro y afluir á mi pecho, mezclándose á la que circulapor mis venas!..... Ayer los sacrificios y las torturas en las cárceles de la Inquisición; hoy el cadalso en Bruselas; mañana....... tal vez mi propio hijo.

¡Dios mio! ¿Son estos remordimientos ó son temores? (Transición.) ¡Ah no!

fuera flaqueza! Dios me lo manda y mi poder lo exige. ¡Fueron hereges y pagaron con sus vidas su culpa; fueron desleales y en el cadalso su deslealtad espiaron! Bien hecho está lo hecho. ¡Si cien veces nacieran y volvieran á pecar contra su Dios ó contra su Rey, cien veces yo ordenara lo mismo!

ESCENA VI

D. Felipe y Aurora.

(Entra Aurora por la misma puerta primera izquierda y al ver á Don Felipe se detiene y desde elia exclama.)

AURORA ¡Enrique!

FELIPE ¡Aurora!

AURORA (Con interés.) ¿Por qué tan agitado? ¿qué te ocurre?

FELIPE (Distraido.) Nada... mi impaciencia por verte... mi deseo...

AURORA ¿Y Brígida, por qué no me ha avisado tu llegada?

FECIPE No la culpes... llegué ahora mismo...

AURNRA ¡Ay Enrique! que desdichada soy.

FELIPE (Acercándose á ella con interés.) ¿Por qué ángel mio?

AURORA ¡Tu ángel! Angel caido en el lodo por tu culpa, y que manchó sus alas con las escorias del vicio! Angel maldito, que ya no puede tender su vuelo, y que tú abandonarás muy pronto, para correr en busca de nuevas aventuras.

FELIPE No digas eso. Eres injusta. Mi carácter... mis cuidados... me hacen aparecer ante tu vista algunas veces distraido,

tal vez un tanto desenamorado... Mas no es así... yo te quiero...

AURORA Tienes razón. Debo creerte, ó al menos necesito hacerlo, para no morir de angustia... ó para no matarme desesperada.

FELIPE ¿Qué dices? Serìas capaz?

AURORA Si tú me abandonaras, si llegase un día en que perdiera la leve esperanza que me resta de redimir mi culpa, entonces...

FELIPE Calla, calla, no delires y hablemos de otra cosa. Siéntate y tranquilamente gocemos, como en otras veladas, de la dicha de nuestro amor. (Se sientan ambos) Y en verdad, que si alguno aquí debiera encontrarse quejoso del otro, no serías tu ciertamente.

AURORA ¿Lo estás tú acaso de mí?

FELIPE ¿Pues no he de estarlo?. Siempre que á tu pasado me he referido, siempre que he pretendido inquirir algo, acerca de la condición de tus padres y de tu familia, el silencio ha sido tu respuesta, y con caricias unas veces y con lágrimas otras, mis làbios has sellado. Tu falta de franqueza....

AURORA ¡Mi falta de franqueza! ¿Y tienes valor de echármela en cara? ¡Qué egoista es el hombre, y qué ciego en su propio egoismo! Yo te he dado mi juventud, mi belleza y mi honra, cuanto valioso poseía; hay en mi vida desdichas y pesares, y quizá verguenza, y la triste dote de mis desventuras te la niego, y tú, sin comprender que quiero ahorrarte dolores, si en realidad me amas, y

quiero ahorrarme desprecios, si como temo, tu pasión de un día há muerto á manos del destructor hastío, me reconvienes por mi silencio. Pues bien, ¿lo quieres? vas á saberlo todo. Si no es mentido, acicate serán á tu cariño mis desdichas; si no me quieres, motivo encontrarás en ellas para acabar de una vez con mi martirio.

FELIPE No te exaltes así; no hallo razón....

AURORA Escucha. Yo no tengo padres; yo no tengo familia. Mi madre dicen que murió al darme á luz. Desde niña he vivido con Marcelo, con ese anciano que me sirvió de padre, y en verdad que tal nombre merece, pues para mí lo ha sído. Fruto de la deshonra, tal vez del crimen, mi pasado está envuelto en girones de sombras y en nubes de desdichas. ¿Qué más quieres saber para despreciarme más?

FELIPE (Conmovido.) No, Aurora mia, que con lo dicho sé lo bastante para adorarte siempre.

AURORA ¡Enrique! ¡Enrique! ese es tu acento de otros dìas, de aquellos tan felices, que yo pensé que pasaron para no volver más! Háblame así, háblame así por Dios, y caeré á tus piés para pedirte me perdones mis dudas, que ya de injustas me parece pecaron.

FELIPE Sí, Aurora, mi cariño es el mismo de esos días, que si fueron felices para tí, tuvieron para mi dobles encantos, haciéndome gozar de la dicha que aquí dentro se me ofrecía y olvidar los tormentos que fuera me acosaban!

AURORA ¿Pero tú también tienes penas? tú también sufres?

FELIPE ¡Quién no las tiene...? Lucha es la vida y las heridas que en ella se reciben tarde ó nunca se cicatrizan.... Pero dejemos á un lado mis penas; hablemos de las tuyas.—Yo puedo, Aurora, darte todo aquello de que careces; deuda de gratitud tengo contigo.... (Aurora hace un gesto de desaliento al escuchar esta frase.) de amor, si quieres; pues bien yo la pagaré cumplidamente. Tendràs un nombre....

AURORA ¡El tuyo? no es verdad?

FELIPE (Desentendiéndose.) Tendrás riquezas y honores, y la envidia serás de las primeras damas de la córte.

AURORA Yo nada quiero más que tu amor. ¡Soy tan feliz con él, Enrique mio!... ¿Pero tú tanto puedes?

FELIPE Ya te he dicho que mi familia tiene gran valimiento cerca del Rey... Y dime ¿tú viniste de Alemania?

AURORA Tres años hace, como ya te dije. Nacida en Gante, allí pasaron los de mi niñez, y cuando apenas catorce contaba, por disposición de mi protector á Madrid nos vinimos. Yo pienso que el temor á las luchas religiosas, que hacen arder en guerra de esterminio mi desdichada patria, condujo aquí á Marcelo, quizá para ponerme á salvo de sus funestos resultados. ¡Malditas luchas!

FELIPE (Levantándose con altivez y enojo. Aurora también se levanta.) Qué no existirian ciertamente, si rebeldes á su Dios y á su señor legítimo, no intentaran tus

compatriotas, reformas imposibles en el orden religioso, y de loca independencia no alardeasen.

AURORA Yo nada entiendo de eso. Solo sé, pobre muger, educada en la religión católica, la de mí desdichada madre, que Dios nos manda amarnos los unos á los otros, y es paz y caridad y misericordia.

FELIPE Pero olvidas que también es justicia, y que los rayos de su ira toca fulminarlos, sobre sus hijos rebeldes, á los reyes, sus representantes en la tierra. Olvidas que...

ESCENA VII.

Dichos y Brígida.

(Esta entra azorada por la puerta del foro.)

BRÍGIDA Señora... Señora... un caballo á todo correr acaba de llegar á la puerta... de él se ha apeado el señor Marcelo... en el zaguán le he oido preguntar por vos y aquí sube. (*A don Felipe.*) Por Dios, caballero, ocultaos en alguna parte, porque si nó...

FELIPE Yo ocultarme. ¡Nunca!

AURORA ¡Enrique, por piedad! Tu vida...

FELIPE ¡Mi vida! ¿Quién fuera osado á atentar á ella?

AURORA ¡Mi honor!

FELIPE Tienes razón. (*Aparte y reprimiéndose.*) Olvidaba que aquì no soy el Rey, soy el amante.

AURORA Pronto, en esa habitación. (Señalando á la primera puerta derecha.)

FELIPE Está bien. Ahí aguardo. (Entra en la habitación designada.)
BRÍGIDA ¡Dios nos asista!

ESCENA VIII.

Aurora, Brígida y Marcelo.

(Marcelo,en traje de camino, entra precipitadamente por la puerta del foro.)

MARCELO ¿Donde está, donde está Aurora?
AURORA (Arrojándose en sus brazos.) ¡Marcelo!
MARCELO (Estrechándola y aparte.) ¡Desdichada!
BRÍGIDA Señor...
MARCELO (Separándose suavemente de Aurora) Cálmate hija mía. (A Brígida.) Retiraos.
BRÍGIDA Pero, señor....
MARCELO (Severamente.) Que os retireis he dicho. (Brígida se marcha murmurando, por la puerta del foro, y mirando recelosa á la habitación donde está don Felipe.)

ESCENA IX

Aurora y Marcelo.

AURORA ¿Qué teneis buen Marcelo? Me decís que me calme, y más parece cuadraría á vos seguir ese consejo. Hay lágrimas en vuestros ojos y vuestra agitación revela....
MARCELO Y tú ¿qué tienes? Pintase en los tuyos la inquietud, y parece que me interrogas para evitar que yo lo haga.
AURORA (Disimulando su emoción.) La sorpresa de vuestra llegada...... la alegria....
MARCESO No la nombres, mi pobre Aurora; huyó de esta casa para siempre.

AURORA ¿Qué decís? Bien sé que nunca se ha albergado en ella, pero á vuestro lado, por vuestro paternal cariño asistida, si hasta ahora no he sido feliz, al menos no he sido desgraciada.

MARCELO Pero hoy todo ha variado, hija mía; hoy el dolor, negro y horrible como nunca, viene á tu lado, para llenar de lágrimas tus ojos, y tu corazón de amargura, y me escoge á mí, que tanto te amo, para que sea su triste mensajero.

AURORA ¡Me haceis temblar! ¿Qué nueva desventura nos amenaza?

MARCELO Cálmate y óyeme. Sé que eres fuerte, pero el golpe es rudo y puede aniquilarte. Todos los tormentos del infierno, dichas son si con él se le comparan.

AURORA Hablad, hablad por Dios: no aumenteis mi martirio.

MARCELO Tù bien sabes que yo no soy tu padre, pero hasta ahora has ignorado el nombre del autor de tus días; hoy vas á saberlo.

AURORA ¿Y á eso llamais tormento, infierno y pena? ¡Si eso es dicha, y es gloria, y es ventura sin nombre! ¡Vos delirais Marcelo!

MARCELO Sí, todo eso sería si pudieses volar á sus brazos y sentir sobre tu corazón los latidos del suyo, pero esos brazos que habían de estrecharte penden inertes de un cuerpo inanimado, y ese corazón ya no late. Tu padre, Aurora, ha muerto!

AURORA ¡Ah!

MARCELO Y á muerto en un cadalso y á manos del verdugo.

AURORA ¡Mi padre..! muerto..! Jesús! (Déjase caer sollozando en uno de los sillones.

MARCELO (Viniendo á su lado.) Valor hija mía. El mira desde el cielo tu dolor. He sido cruel contigo pero era preciso.

AURORA Mi padre... muerto al encontrarlo... (Levantándose y dirigiéndose á Marcelo con energía.) Su nombre, Marcelo, su nombre.

MARCELO Uno de los más ilustres de Alemania: el conde de Egmont. Fruto de unos desgraciados amores de su juventud, naciste, pobre niña, y yo su antiguo y fiel servidor, yo que le había visto nacer—¡y le he visto morir!—le juré ser siempre tu protector y amparo. A la hora de su muerte he renovado mi juramento. Desde hoy llámame padre.

AURORA ¿Y ha muerto en el cadalso?

MARCELO Sì; pero honrado y caballero; sin baldón y sin mancha. Víctima de las luchas que destrozan nuestro desdichado país, y de la traición y la crueldad de un rey asesino!

ESCENA ULTIMA.

Dichos y don Felipe.

(El Rey que escuchó, desde la habitación en que está oculto, el nombre del conde de Egmont, se ha colocado en el dintel, de manera que pueda ser visto por el público, y oido con interés el resto del diálogo. Al decir Marcelo la última frase, preséntase sin poderse contener y exclama:)

FELIPE ¡Mientes, bellaco! El Rey Felipe no es asesino!

MARCELO ¡Un hombre aquí! en tu aposento! (Desnudando una daga y lanzándose sobre él.) ¡Infame!

AURORA (Interponiéndose entre ambos, abrazándose al Rey y cubriéndolo con su cuerpo.) ¡Es mi amante, Marcelo! herid mi pecho, mas respetad el suyo!

MARCELO (Mirando de frente al Rey y reconociéndolo.) ¡Tu amante...! ¿Qué dices Aurora...? Ese hombre es el Rey! es el verdugo de tu padre!

AURORA (Separándose con horror de los brazos del Rey) ¡Quién... él... mi Enrique...! Misericordia, Dios mio, misericordia!

(La situación de los personages debe ser la siguiente: en primer término, á la izquierda, Marcelo, y á la derecha, algo más hacia el foro, el grupo de Aurora y el Rey. Al separarse esta de los brazos de don Felipe, retrocede hacia el lado de Marcelo y este á su vez avanza algo al centro de la escena.)

FELIPE (A Aurora.) ¡Desdichada! (A Marcelo.) ¡Traidor!

MARCELO (Con creciente exaltación.) Dios te pone en mi camino, verdugo de mi señor y de mi patria. ¡Muere!

(Vá de nuevo á lanzarse sobre el Rey, pero Aurora se interpone entre ambos y le arrebata el puñal de la mano, quedando colocada en el centro de la escena, enmedio de los dos.)

MARCELO (A Aurora.) ¿Qué intentas?

AURORA (A Marcelo, con resolución.) Ya lo ves: salvar su vida. (A el Rey.) Rey Felipe, la sangre pide sangre... Yo no quiero la tuya... (Con acento reconcentrado.) porque te amo... Una víctima exigen los irritados manes de mi padre; yo seré esa víctima. Mis esperanzas han muerto, perezca yo con ellas. (Se hiere y cae al suelo.)

MARCELO } ¡Aurora!
FELIPE }

(Marcelo la sostiene entre sus brazos. El Rey queda de pié á corta distancia del grupo que forman Marcelo y Aurora. Su actitud en esta situación queda encomendada al talento del actor.)

MARCELO Hija mia... ¿qué has hecho?

AURORA (A Marcelo.) Padre... lo que debia... morir... (A el Rey.) Yo te perdono... todo... el mal... que me has hecho... Adiós Felipe... (Con horror.) ¡oh no! ese... es el nombre... del verdugo... de mi padre... Enrique... Enrique mio... ese... ese es el nombre de... mi... amante... (Muere.)

MARCELO ¡Muerta! ¡Muerta! (Abrázase sollozando al cadáver de Aurora.)

(El Rey inclínase sobre el cadáver y al ver la sangre de la herida, levántase y retrocede horrorizado, hacia el primer término derecha)

FELIPE ¡Sangre! Más sangre todavía. Ya la ola sube. Ya llega á mi garganta! ¡Piedad Dios mio!

TELON.